Antonio de Trueba

Pico de Oro

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Antonio de Trueba

Pico de Oro

- I -

Trabajillo nos costará, ahora que estamos en invierno, trasladarnos, aunque sólo sea con la imaginación, a la ciudad de Burgos, dejando la benigna temperatura de las marismas de Vizcaya, donde fructifican el naranjo y el limonero, porque la temperatura de Burgos es tan fría, que allí, cuando el termómetro de Reaumur baja al grado de congelación, exclaman las gentes. «¡Qué, si tenemos una temperatura primaveral!» Pero ello, no hay remedio, hemos de trasladarnos allá, si hemos de oír al famoso Pico de Oro, que va a predicar en la nunca bastante ponderada catedral de Burgos.

¿No saben Vds. quién es Pico de Oro? Pues él muy nombrado es, porque en las iglesias siempre está uno oyendo exclamar a las mujeres: «¡Jesús, qué pico de oro!»

No sé si habrá más picos de oro que uno; pero el de mi narración era un fraile dominico tan célebre en toda Castilla por su elocuencia en el púlpito, que en cuanto se anunciaba que iba a predicar en cualquiera parte, no quedaba pueblo alguno entre las cordilleras carpetana y pirenaico-cantábrica de donde no fuera gente a oírle.

- II -

La buena, la religiosa, la caballeresca, la hidalga, la histórica, la monumental ciudad de Burgos estaba alborotada con la noticia de que el famoso Pico de Oro iba a predicar en su santa iglesia catedral, y con tal motivo por toda Castilla la Vieja acudían las gentes como en romería a la ilustre *caput Castellæ*, aunque, como de costumbre, hacía en Burgos un frío que ya, ya.

¡Para qué quería Burgos capitanía general, ni audiencia, ni presidio, ni instituto, ni seminario, ni escuela normal, ni demonios colorados, si el famoso Pico de Oro fijase allí su residencia y echase aunque no fuese más que un sermoncito cada semana!

Pero dejémonos de digresiones y vamos al asunto. El asunto era que había llegado el gran día, el día en que el famoso Pico de Oro hiciese resonar su elocuentísima voz en la catedral de Burgos.

Veinte catedrales como aquélla, y eso que no es floja, no hubieran bastado para dar cabida a la muchedumbre que se agolpaba a las puertas del templo codeándose, estrujándose, apabullándose, despachurrándose por entrar a oír al famoso Pico de Oro.

La catedral estaba ya tan llena, que al Papamoscas le temblaban las piernas cada vez que salia a machacar en la campana, temiendo que la catedral pegase un estallido.

Por fin el señor arzobispo se arrellanó en el sillón pontifical colocado en el presbiterio, y un ¡ahhh! de satisfacción se escapó de todos los gaznates al ver aparecer en el púlpito al famoso Pico de Oro.

- III -

Como no es cosa de que yo vaya a encajar aquí entero el sermón del famoso Pico de Oro, me contentaré con dar a conocer sa resumen, que los afrancesados llamarían análisis.

Después de anunciar en el exordio que se proponía con la ayuda de Dios encarecer las penas del infierno, para lo cual imploraba la gracia del Altísimo, el predicador entró en materia, y fue diciendo lo que en resumidas cuentas vamos a ver:

«Amados oyentes míos. los tormentos del infierno son tales que sólo pueden concebir alguna idea de ellos los hombres de bien que se meten en pleitos; los pobres pundonorosos que se casan con ricas necias; los alcaldes de los pueblos divididos por las pícaras elecciones; los que en España viven del cultivo de las letras y las bellas artes; los que están gobernados por gentes que han pasado la vida conspirando para coger la sartén del mango, y finalmente, los españoles.»

El auditorio, que todo él era español, se estremeció de espanto al oír esto, y el orador continuó:

«Ya veis, amados oyentes míos, que en Burgos hace un frío de doscientos mil demonios. Pues el frío que aquí hace es tortas y pan pintado comparado con el que hace en el infierno.»

El señor arzobispo dio un respingo en su asiento, y el auditorio lanzó un grito de horror al oír que en el infierno hacia aún más frío que en Burgos.

«¿Veis, continuó el orador, los carámbanos de hielo que cuelgan de los canalones de esta santa catedral? Pues en el infierno hasta en las alcobas hay colgaduras como esas.»

El señor arzobispo echaba al orador unas miradas que parecía querer tragársele vivo, y el público alzaba los ojos al cielo pidiendo al Señor misericordia.

«Sí, amados oyentes míos, continuó el famoso Pico de Oro, hacéis bien en pedir al Señor que os libre de los tormentos del infierno, porque en el infierno es tan horroroso el frío, que hasta cuando se asan los pájaros hay que llevar una fundita en las narices, porque si no se le hielan a uno.»

Al señor arzobispo un color se le iba y otro se le venía, y el público lloraba de terror y arrepentimiento, dándose en el pecho cada puñetazo que se le hundía.

El famoso Pico de Oro continuaba:

«Para que no creáis que exagero al encarecer los tormentos del infierno, os diré que allí, hasta cuando a uno le sirven hirviendo el chocolate, para tomarle hay que romper con los nudillos de los dedos el hielo que le cubre.»

El señor arzobispo echó mano a la mitra para tirársela a la cabeza al predicador; pero conteniéndose y no pudiendo aguantar más en su sillón, se levantó y se fue a la sacristía a tomar un vaso de agua con azucarillo, porque parecía que le iba a dar algo.

En cuanto al auditorio, estaba tan arrepentido de sus pecados, que los confesaba a gritos y pedía a Dios que le librase de las penas del infierno.

- IV -

El famoso Pico de Oro bajó del púlpito altamente satisfecho del saludable efecto de su oratoria, y al dirigirse a la sacristía hubiera reventado de orgullo a no ser tan modesto, porque todo el mundo exclamaba:

-¡Jesús, Jesús, qué pico de oro!

En la sacristía encontró al señor arzobispo hecho un veneno de santa indignación.

-Amigo, exclamó su ilustrísima al verle, me ha dado Vd. un rato de padre y muy señor mío.

-¿Por qué, ilustrísimo señor? le preguntó Pico de Oro con mucha calma, tomando un polvo con permiso de su ilustrísima.

-¡Alabo la pregunta, como hay Dios! exclamó el señor arzobispo indignado. ¿Conque se pone usted a decir que en el infierno hace frío, cuando precisamente sucede todo lo contrario?

-¿Y por eso está incomodado vuestra ilustrísima?

-No, que estaré bailando de contento.

-¿No ha visto vuestra ilustrísima el efecto que mi sermón ha hecho?

-Y tres más que lo he visto; pero por eso mismo me duele y hasta me indigna el que habiéndole dado Dios tan asombrosas facultades oratorias, no saque de ellas el partido que debiera sacar. ¡Cuidado que me ha hecho gracia la ocurrencia de decir que hace frío en el infierno!

-Entendámonos, ilustrísimo señor. ¿Qué me propuse yo al dirigir la palabra al público burgalés?

-Lo que Vd. anunció en el exordio de su sermón: inspirar horror al pecado, que Dios castiga con el infierno, encareciendo los tormentos que en el infierno sufre el pecador.

-¡Ajá! Estamos conformes. Ahora dígame vuestra ilustrísima: ¿qué es lo que sobra en Burgos?

-Frío.

-¿Y qué es lo que en Burgos falta?

-Calor.

-Perfectamente. Pues siendo así, dígase a los burgaleses que en el infierno abunda el calor que en Burgos falta, y todos querrán ir al infierno; pero dígaseles que en el infierno abunda el frío que en Burgos sobra, y no querrá ir al infierno ninguno.

Al oír esto el señor arzobispo, alargó la mano al famoso Pico de Oro, y exclamó sacando a su vez la caja del polvo y tomando uno de los morrocotudos:

-¡Dios de Dios, lo que saben estos padres dominicos! ¡Parece que han estudiado con los padres jesuitas!

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario